

Esa percepción es parcialmente cierta. Costa Rica ya no es más la pacífica (y relativamente idealizada) sociedad del pasado. Una serie de factores (algunos externos y otros claramente endógenos) nos han transformado en una sociedad más compleja, con problemas endémicos y crecientes, con incertidumbres desconocidas. La pobreza dura e inamovible de 20% de la población; el deterioro del sistema educativo y, por ende, de nuestra competitividad; las dificultades para consolidar una estrategia de desarrollo y crecimiento económico por encima de 3% o 4% anual; la pesada deuda interna que pende como una Espada de Damocles sobre la economía y el bienestar como conjunto; la pauperización de nuestra clase política y su incapacidad para tomar decisiones en el ámbito de la reforma del Estado, de la reforma electoral, de la modernización fiscal o tributaria; etc. En fin, somos un país atascado. Permítaseme recordar un dato sociológico: ya nadie utiliza en este país, hace casi dos décadas, aquel famoso y vetusto estribillo de la “Suiza centroamericana”, con el cual nuestros abuelos se describían a sí mismos. Todos tenemos que concordar que, a estas alturas del partido, sería casi ridículo hacerlo.

También es cierto, sin embargo, que en estos últimos días la suma de los hechos que se han verificado (y por un fenómeno sociológico denominado como carga de agregación), los distintos problemas se han multiplicado -al mezclarse- y genera todo ello una percepción de crisis social sumamente aguda. Esto es grave, porque puede generar una ansiedad y un desánimo cívico y colectivo de profundas consecuencias en la gente. No obstante, insisto, hay que poner las cosas en su lugar y equilibrar en la balanza, por un lado, los serios problemas que tenemos y, por otro, las oportunidades que ello abre. Hay buenas y malas noticias. Solo con serenidad analítica podremos comprender la naturaleza de nuestra situación y actuar en consecuencia.

Las malas noticias

Costa Rica vive, en efecto, una grave fractura político-partidaria. Es la que está en la superficie y es la más evidente. Ciertamente, los partidos políticos se encuentran desgastados (algunos moribundos) y la población no se encuentra ya representada en ellos.

Desideologizados, cada día más parecidos a vulgares grupos de poder (y permeados claramente por grupos de interés económico), parecen presa de las dos enfermedades típicas de las agrupaciones políticas del resto de América Latina. Por un lado, la pauperización y chabacanería intelectual por parte de sus dirigencias y activistas; por el otro, la corrupción. Salvando las distancias (no tenemos ejército, afortunadamente, y las brechas sociales son distintas), es muy parecido a lo que acaeció en Venezuela, en Perú y en Ecuador hace década y media. El resultado ya lo conocemos. Lo que ha sucedido con el PUSC durante los últimos días y semanas es muestra de ello. El escándalo en el que están envueltos muchos de sus más altos



dirigentes, es muy serio en su dimensión penal, pero además hiere el imaginario social. Esto es, incluso, todavía más grave. La corrupción de los líderes políticos, dirigentes de partidos y de aquellos que forman parte de la iconografía del poder en una sociedad tiene un valor trasgresor último: son los referentes sociales que funcionan como valor de cohesión. Es la muerte del mito de Abraham y del Edipo social. Su responsabilidad es eventualmente doble: penal y cívica. Ahora bien, el PLN y muchos

Latinobarómetro, pero con metodología similar) pertenece a una Costa Rica que ya casi no existe.

Las buenas noticias

Con todo y lo anterior, los últimos meses nos han demostrado que existen algunas cosas que funcionan adecuadamente en Costa Rica y en las cuales hemos mejorado sustancialmente. En primer lugar, está el control de la prensa. El escrutinio público y la investigación periodística realizada por Canal 7, el periódico La Nación y por algunos otros medios han permitido sacar a la luz pública gravísimos casos de

honrosas excepciones, que siempre confirman la regla) en las manos de los menos capaces.

